

2.

EDUCAR EN LA CONCIENCIA RELACIONAL

Julio César Arboleda³

Redipe

Educación es recibir y acompañar al educando a "habitar" la casa común, aquella que repele la pulsión erosiva de los egos con la actitud presencial –“conciente”- que nos lleva a cuidar de los otros, a situar en modo Ser -juntanza- nuestras fortalezas, experiencias y adquisiciones escolares, familiares y cotidianas. “Educados”, lograremos pilotear la existencia en la vida socio-natural, siendo, estando, orbitando la tempo-espacialidad del ser- estar, del “existir viviendo en la alteridad”⁴.

Al margen de la función de educar en la “conciencia” la educación no cumple su misión fundacional de formar para la protección y reproducción de la vida, para encarnar la vida misma. Con conocimientos y dotaciones intelectuales no se asegura el cuidado de la vida; es preciso proveerse al tiempo de una conciencia que permita cultivar en estas virtudes que alimenten el plexo de humanidad y naturaleza, tejer vida entrelazada con las adquisiciones.

³ Julio César Arboleda, Director Red Iberoamericana de Pedagogía, direccion@redipe.org <https://orcid.org/0000-0002-1572-5384> Miembro Grupos de Investigación: “Pedagogía, formación y conciencia” (PFC); Univ. Autónoma de Madrid; Epistemología, pedagogía y filosofía, REDIPE. “Educación y desarrollo humano” USB Iniciador de la Perspectiva Comprensiva edificadora de la educación, la pedagogía, la didáctica y el discurso, desde 1995.

⁴ El “estar” es, en el marco de la perspectiva que guía esta exposición y la cual estaremos mencionando, la actuación que constituye el modo de Ser que le otorga “sentido de vida” o decencia ética a la existencia del sujeto. “Estar” pues no es un estado pasivo que signifique por ejemplo reproducir estructuras erosivas, asimilarse, ceñirse al Mismo, al egocentrismo; hace referencia por el contrario a un devenir presencial, por la vida, que le permite liberarse lo mejor posible de estos andamiajes, y ajustarse a las máximas de la vida interconectada que nos impone ser fuerzas, “autonomías recibidoras” del vulnerable, corresponder con la bondad de la asistencia y la ética de la compasión a la otredad que nos constituye; ser interónomo, diremos. Ser vida misma.

La “*conciencia*” es el “*órgano sintiente*”, el potencial corpóreo orientado a la estabilización de la vida personal y colectiva, de nuestro compromiso ético con el “*otro*” del tejido humano y de la vida, de darle edificancia a nuestra existencia, a lo que nos rodea y somos, adquirimos, pensamos, creemos, sentimos, deseamos y hacemos. La responsabilidad frente a los otros del mundo es el fundamento de la conciencia. Potenciarla en clave de relacionalidad, de alteridad ética es la gran tarea educativa.

Desprovistos de un sentido (intuición, idea o concepto, proyecto, como se quiera) de “*conciencia*” corpóreo, carnal, terrenal, edificante, existiremos sin “*habitar*” nuestra existencia, no podremos darle “*sentido de vida*”, orientación ética a nuestras relaciones y procesos de pensar, sentir, desear, conocer, investigar, enseñar, educar, aprender, laborar, entre otros. Podremos ser y estar mentalmente “*cons-cien-tes*” de algo, y no asumirlo con la presencialidad o fuerza ética que proporciona el ser-estar “*conciente*”. La conciencia es más que mente, es más que “*cons-cien-cia*”; es equipaje, grandeza corporal, vivencial entramante, tejedora de vida personal y común.

Se educa para la vida, promoviendo “*conciencia relacional*”: fortalezas que permitan ver-mirar edificando, equiparse del “*visor ótrico*” que nos permita “*percibir-dándonos*” a los seres humanos y no humanos --“*otros*” a quienes nos debemos --, hilar nexos en la diferencia, asumir la vida como singulares “*comunales*”: como sujetos únicos, radicalmente distintos y éticamente relacionales: respetuosos y acogientes de la otredad humana y natural, cuidadores de la vida integrada. El sujeto educando “*conciente*” apapacha, consiente al necesitado, se pone a órdenes del vulnerable, de quienes en el mundo sufren los embates de la injusticia, la desigualdad y la exclusión, y de ese modo se equilibra a sí mismo, balanceando el complejo orbe de la vida.

Se educa en la alteridad ética, siempre “*desde*” el “*otro*”, desde el educando, el más próximo de la relación educativa, a fin de potenciar en éste conciencia para vivir con

la virtud relacional que le permita experimentar la alteridad ética, valga decir ser “parte edificante” del entramado vital: apreciar que “somos” por los otros humanos y no humanos, asumir su responsabilidad de asistirlos, hilvanando de ese modo co-existencialidad, arando por esa vía la vida en la tierra.

Se educa para ser-el-otro. El educando “es-el-otro” si se humaniza, si eleva la humanidad cada vez que se dá a los otros del mundo socio-natural a quienes se debe como ser humano, sembrando vida en la existencia.

El compromiso ético de “existir viviendo” precisa promover escenarios para que el educando se reconozca en la otredad como singular del cuerpo pluriverso que conforma, y estime la pertinencia de “ser el otro”, de forjar su propia vida y su propio modo de habitar y conducir ésta, de acuerdo con las creencias, comprensiones, sensibilidades, experiencias, voluntades y fortificaciones que vaya construyendo, no sin “habitar” en cada uno de estos alcances, a fin de temprar su singularidad, de deslizar esta sobre las circunstancias que le corresponda y quiera vivir, que le son inherentes, marcan y constituyen su vida, el aquí y ahora de cada quien.

En la dirección de la alteridad ética la pedagogía sigue su sentido primado inherente a proyectar educaciones que cultiven la vida en el cuerpo heterogéneo de mundos donde hacemos nuestra existencia. Es precisamente esta orientación la que habitan las perspectivas pedagógicas instaladas en el “otro”, que propugnan por “ser el otro” -- no por el ser “en sí y para sí” ensimismado, “autónomo” si se prefiere --; en particular, aquellas sustentadas en la “heteronomía ética” o sumisión incondicional al necesitado: las “pedagogías compasivas”, que constituyen una apuesta para formar sujetos con la fortaleza epistémica, ontológica y ético política para ser artífices de una transformación civilizatoria en la alteridad, que se interponga al proyecto civilizatorio que . Entre éstas se hallan la Pedagogía de la alteridad que propone Pedro Ortega Ruiz, un paradigma educativo “corporal”, teórico-vivencial, sintiente, para una educación con rostro “humano”, éticamente responsable; encara con decencia ética, de frente a las realidades históricas, aquello que realmente

causa y reproduce la vulnerabilidad, las desigualdades e injusticias, el sufrimiento y la indolencia⁵. Igualmente, la Pedagogía de la comprensión edificante (PCE), que de la mano de aquella hemos venido desarrollando en este siglo, misma que para una tarea educativa equilibrante reivindica potenciales como la conciencia relacional (que caracterizamos a lo largo de este escrito) y la interonomía (que intentamos sintetizar en el siguiente párrafo), entre otros que agencian el desplazamiento del Yo sumido en la comodidad y los privilegios.

La “interonomía” es uno de los pilares conceptuales de la Perspectiva Comprensivo Edificante. Los aportes de la PCE a la educación y la pedagogía, a la didáctica, el currículo, la evaluación y el discurso se sustentan en la “comprensión”, ese potencial intelectual y vivencial / sintiente referido al entretejido interdependiente de cogniciones y reflexiones, voluntades y actitudes, experiencias, sentimientos y emociones que nos permite esclarecer el mundo, a nosotros mismos y nuestras circunstancias, lo que somos, hacemos o dejamos de ser y hacer; particularmente, promueve reflexiones y escenarios para tallar ésta hasta que alcance su mejor expresión en virtud a la cual obre vida, desenvuelva como potencial edificante, y en general para que la vida refulja en las dotaciones y las experiencias alcanzadas.

Al ser genuinamente educados, formados en la conciencia ética, interónoma si se prefiere, requerida para desensimismarnos y abrirnos, trascender o transitar relacionalmente del Yo al “otro” con nuestros saberes, emociones, adquisiciones e incertidumbres, la vida se percibe y comprende a sí misma desde nosotros, desde nuestra exterioridad o apertura al otro-que-somos, y languidece, como la verdad, al vaivén del desencuentro con nuestro propio Ser habitado por el otro, se desdibuja

⁵ El aporte de Ortega ha venido soportando en gran medida nuestra apuesta comprensivo edificante. Su pertinencia para la educación y la vida la hemos puesto de presente en diversos artículos y textos, incluidas las presentaciones realizadas a dos de sus últimas obras: Ortega, P. (2024) *“La huella del otro”*, Editorial Redipe; y Ortega, P. (2025) *“Pedagogía de la alteridad: Levinas y la educación”* (Murcia, Editum-Redipe).

al tenor de la ausencia de la ética de la alteridad, de “conciencia ótrica”, de interonomía o Yo comunal⁶.

El sentido inherente a lo que estamos exponiendo en materia de educar refiere, pues, el alcance de humanidad y comunalidad de nuestros actos, de nuestro dar, entrega, “sumisión” a los otros humanos y no humanos de la vida interdependiente, la dignidad que confiere Ser, existir siendo -- diríamos--“sí mismos compasivos”, “bióicos singulares”. Y dicho esto, no se trata de idealizar la sumisión, sino de reconocer que la vida brilla en esta cuando la obediencia a la otredad representa un acto de responsabilidad ética que eleva la humanidad, produce bien común, estabiliza el mundo asimétrico.

Educar responsablemente, en la conciencia relacional, es acompañar al educando en el camino de darse, de “Ser el otro”, de replegarse al otro -- lo cual no significa perder soberanía personal, voluntad propia, identidad, sino poner estos pilares de sí en función ética, reconociendo y gestionando la diferencia --; es sostenerlo hasta que aprenda a proteger su singularidad, su sí mismo, y empiece a arrojarse, en dependencia “conciente”, al cuidado de la otredad a la que se debe nuestra existencia. No se puede “ser el otro” sin renunciar a la pulsión de amarrar nuestros potenciales y nuestro Yo al autointerés, alejándonos del bien común, existiendo “sin vida”. Podremos “ser-el-otro” Siendo “interónomos”, es decir: desplegando grados importantes de autonomía (en particular epistémica y política), o capacidad para depender en la medida de lo factible de sí mismo, y al unísono de grandeza heterónoma/ética para no anquilosarnos en la mismidad y sí para someternos, entregarnos, trascender del Yo a los otros, responder del prójimo o próximo del tejido o complejo de humanidad y naturaleza que conformamos⁷.

⁶ Bajo la expresión “Yo comunal” entendemos al sujeto entregado sin condiciones a la tarea de fortalecer el integrado de humanidad y naturaleza del cual forma parte, quien se equilibra dando lo mejor de sí para el bien “común”, para el balanceo de lo humano y lo no humano.

⁷ En realidad, “ser el otro” tendría al menos dos significaciones. Por un lado, la levinasiana, según la cual hemos de salir del Para Sí, ser exterioridad, consagrarnos al otro, quien hace parte de nuestra corporalidad humana, anida las dimensiones psicológica, biológica y cultural de nuestra estructura antropológica. Por otra parte, desde una perspectiva digamos “ótrica”, consideramos que

Educar en la conciencia relacional se hace imperativo ante una realidad marcada por el agrietamiento inexorable del ecosistema planetario causado por la codicia inagotable, la in-conciencia que representa privilegiar el autointerés sobre el bien común, consagrarse “a sí mismo” con pulsión egocéntrica y no a la “otredad” con alteridad ética. Esta forma de asumir la función de educar, la educación y la pedagogía, se hace acaso más necesaria para advertir y transformar con conciencia relacional, edificante, si se prefiere interónoma, una realidad de hechos inobjetables, a contrapelo de las promesas del Progreso, en la que escasea la bondad y se aplazan las esperanzas de igualdad, justicia y equidad: el ideal de humanidad, de una vida “civilizada”. Se trata de una realidad en la que una oligarquía tecno-fascista oscurece y se apodera cada vez del mundo, de nuestra subjetividad, del cuerpo de la vida que somos, convirtiéndonos en información abstracta, rentable bien de consumo.

La educación ha coadyuvado históricamente a la transformación de la realidad en contravía de su sentido inmanente: como tecnología de poder “egocentrado”, a merced del Para Sí, sumisa al poder autointeresado. Se trata de una educación desubicada de su función de promover “conciencia”. Por esta vía educativa el Para Sí, buscando instituir su autocomprensión, sus in-comprensiones, sus verdades o creencias nos agrega y desplaza reorientando inclusive nuestros deseos, sentimientos, percepciones, cogniciones, emociones y demás funciones psíquicas, no sin recubrir los recodos por donde el sujeto pueda desplegar sobre estos su conciencia, ser “ótrico”.

La educación realiza su significado radical educando la “conciencia ótrica”, modo pleno de conciencia relacional, propia de algunos seres humanos, sujetos ótricos, quienes logran corporizar en su existencia real el Yo deseable que se abre a la

fácticamente “somos el otro(s)” de acuerdo con el peso de proximidad, fraternidad, compasión, solidaridad y acogencia, de cooperación y comunalidad con el cual modelamos nuestra singularidad, para decantar como Yo - en - apertura “ótrica”: trascendiendo no sólo al otro humano sino también a los seres de la naturaleza.

otredad, asistiendo, abriéndose a los otros humanos y no humanos del mundo socio-natural. Pero en lugar de educar para ser ótrico, la educación ha “adoctrinado” sometida a las directivas del poder ensimismado, ha coadyuvado a la normalización de la precariedad y la indolencia.

Ante este panorama la pedagogía situada en la alteridad ética, la pedagogía en modo “darse a la otredad” dispone sus dispositivos teóricos y metodológicos para aportar al redireccionamiento de la educación, de modo que sus procesos se basamenten en la función de educar en un desarrollo lo mejor pleno posible de la conciencia, que permita a los educandos protagonizar una transformación “conciente”, edificante de la realidad: construir un mundo que afine su heterogeneidad existencial, humana y no humana con una justicia, igualdad y equidad eminentemente relacionales, concientes, Para Ser, modo genuino como se accede a la verdad, como se vive dignamente en la tierra.

Se educa para que la verdad aflore, y ésta no haría presencia sino de frente al “otro”, de cara a la conciencia plena, relacional, interónoma, edificante, corpórea. Al irradiar luces a la acción educativa con visores éticamente relacionales, la pedagogía de la alteridad y demás perspectivas instaladas en el “otro”, sustentadas en la acogencia incondicional al necesitado, iluminan el camino que conduce a la verdad, transitado por seres que remecen su estructura ontológica con comprensiones y fortalezas edificantes: sujetos “concientes” que al lograr conectar sus propios impulsos con aquellos del mundo físico que permiten nuestra existencia, se superponen a las limitaciones que establecen las fuerzas del egotismo, y se abandonan al cuidado de la vida.

La educación presencial, conciente nos acerca a la verdad, y nos acompaña en la transformación de la realidad al crear espacios para que “vivamos” en nuestras dotaciones, creciendo como subjetividades “dativas”: sujetos que hilan vida con sus cogniciones, saberes, afectividades, comprensiones y experiencias mentales y cotidianas construidas, con mirada comprensivo edificante, con visor hermenéutico – fenoménico de resorte relacional y ético, en fin, seres con “sentido de vida”: con

conciencia de vida integrada, que habitan al otro en sus acciones, bajo la proyección de un conocimiento, pensamiento, sentimiento, comprensiones, adquisiciones y experiencias éticamente vinculantes.

La educación “es” para la vida cuando potencia relacionalidad, cuando se asume en modo ser - estar, siendo, obrando vida en sus ambientaciones, cuando la función de educar se resignifica a luz de su sentido primigenio que exige, por un lado, entrega al educando como sujeto singular, distinto -- más no separado-- en el concierto pluriversal de la existencia, y por otro, andar a su lado hasta la senda donde éste empiece a emanciparse del intrincado e inextricable dispositivo del poder erosivo -- ese enlace de hebras al margen del mundo compartido --, a depender menos del ego interior y exterior, a re-armonizar lo comunitario y lo propio: a encarnar la vida entretejida en sus adquisiciones y fortalezas, con voluntad entramante, dispuesto, abierto “desde sí” a la otredad.